BOLETIN

DEL

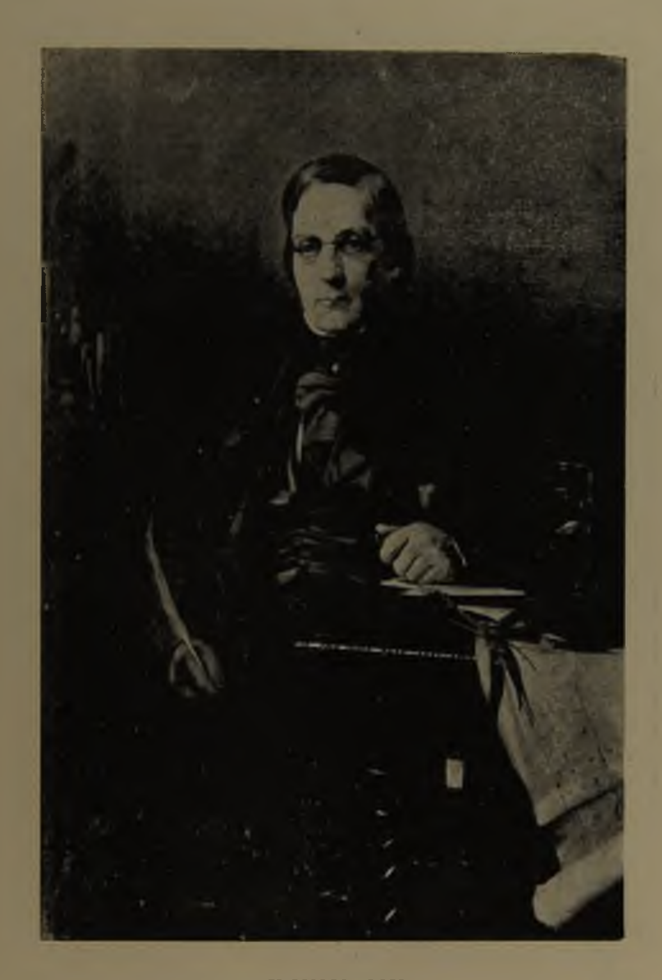
MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL



Tomo XXII

HOMENAJE A CLAUDIO GAY

1944



CLAUDIO GAY

Retrato de Gay debido al pincel de Alejandro Laemlin y conservado actualmente en el Museo Nacional de Bellas Artes; debiendo estar en el Museo Nacional de Historia Natural, en virtud del decreto de 3 de febrero de 1842.

DON CLAUDIO GAY Y EL MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL

Por HUMBERTO FUENZALIDA VILLEGAS

El 19 de junio del presente año, en una modesta ceremonia realizada en el Instituto Pedagógico, celebramos el centenario de la aparición del primer número de la "Historia Física y Política de Chile" de don Claudio Gay. La oportunidad de la fecha se derivaba de la comunicación que don F. X. Rosales, por entonces Ministro de Chile en Francia, envió al gobierno.

"Legación de Chile. París, 19 de junio de 1944. Pongo en conocimiento de US. que don Claudio Gay ha traído a esta Legación cuatrocientas entregas del primer número que ha publicado de la Historia Natural y Civil de Chile. Estas entregas tienen sus láminas correspondientes, en la proporción estipulada en el número uno". Don Francisco Xavier Rosales, como buen chileno, no deja de agregar algunas lamentaciones malevolentes sobre el retardo que ponía el señor Gay en la entrega de la obra. Sin embargo, todavía no habían transcurrido dos años desde su llegada a Europa, y del comienzo del trabajo de buscar colaboradores, estudiar los materiales colectados durante tantos años de ímproba labor, redactar y publicar.

El nombre de don Claudio Gay y su "Historia Física y Política de Chile", están íntimamente vinculados al Museo Nacional de Historia Natural, puesto que él fué su fundador y primer director. De este modo, al celebrar el centenario de la publicación de su monumental obra, estamos celebrando el centenario del establecimiento mismo y, en buenas cuentas,

el resultado grandioso de su actividad primera. Incurrimos con ello, bien lo sabemos, en un pequeño trastrueque de las relaciones entre estos hechos, ya que según el contrato firmado por don Claudio Gay con el Gobierno de Chile el 14 de setiembre de 1830, el objeto principal que debía perseguir en nuestro país era la confección de un conjunto de obras que versarían sobre la historia natural, geografía física, geología, estadística, industrias, comercio, etc., del país. Pero ya en la presentación hecha al Gobierno de Chile y que publicamos más adelante por primera vez, el propio Gay había escrito: "A más de todos estos trabajos que sólo pueden ser publicados en Europa, me comprometo a formar un Gabinete de Historia Natural, que contenga la mayor parte de las producciones de la República, con sus nombres vulgares y científicos; me contraeré muy particularmente a un herbario y, sobre todo, a una colección tan completa como sea posible, de todas las piedras y minas que pueda encontrar o cuyos conocimientos pueda adquirir, dándoles, además, nombres de números que correspondan a un catálogo en que se detallen los usos y las localidades que tengo interés de multiplicar, según la importancia y la rareza del objeto. Este trabajo hecho con cuidado, indicará a las personas que quieran aprovecharse de las riquezas aun desconocidas de este país, los materiales que puedan emplear y los lugares donde puedan encontrarlos".

De acuerdo con este deseo, en el inciso 5.º del artículo 1.º del Contrato que firmó con el Gobierno de Chile el 14 de setiembre de 1830, se leía lo siguiente: "Se obliga a formar un *gabinete de historia natural* que contenga las principales producciones vegetales y minerales del territorio y un catálogo en que se denominen por sus nombres vulgares y científicos, y en que se demuestren los usos y utilidades de dichos objetos y los lugares en donde se encuentran".

El primer documento oficial que se relaciona con la creación del Museo es, pues, el propio contrato por el cual el señor Gay compromete sus servicios con el Gobierno de Chile "para hacer un viaje por todo el territorio de la República . . . con el objeto de estudiar la historia natural de Chile, su geografía, su geología, estadística y cuanto contribuya a dar a conocer las producciones naturales del país, su industria, comercio, administración y a presentar al Gobierno, en el término de cuatro años, por medio de una comisión que inspeccione sus trabajos, un bosquejo de las obras" que se enumeran más adelante. Dentro de este plan, la formación del Museo figuraba como un punto subalterno.

Cuando se leen in-extenso los documentos que he mencionado más arriba, no deja de sentirse, a través de los años, algo del aura espiritual del sabio que comenzaba así sus relaciones oficiales con el Gobierno de nuestro país, todavía envuelto en los disturbios de sus primeros años. Esta figura, incuestionablemente era, al mismo tiempo, una expresión privilegiada de su época.

Gay había llegado a Chile a bordo del transporte de la marina francesa "Adour", el 8 de diciembre de 1828. Venía contratado, junto con otros profesores franceses, para organizar un colegio que pomposamente su director, Pedro Chapuis, designaba con el nombre de Universidad de Santiago. Para la organización de este colegio, Chapuis se había mantenido en contacto con algunos destacados vecinos de Santiago, promovidos para esta empresa por un hombre que empezaba a desempeñar un gran papel en la política chilena y que sería un invariable amigo y favorecedor del joven Gay en Chile: don Diego Portales. Sin embargo, las luchas de la época y las rivalidades con el Colegio que dirigía don José Joaquín de Mora, hicieron que los planes bajo la dirección de Chapuis no prosperaran y al fin el *Colegio de Santiago* vino a abrir sus puertas bajo el patrocinio del partido pelucón y la dirección del presbítero Juan Francisco Meneses.

Es muy curioso leer el contrato que celebraron en París los profesores seleccionados por Fco. Alejo del Río, con el mencionado Pedro Chapuis. En ese contrato se estipulaba que el objeto de él era "concurrir para la formación de una institución polimática en Santiago de Chile". Esta institución dependería de una sociedad formada por los concurrentes, quienes se repartirían las utilidades dividiéndolas en 10 partes, de las cuales una y media correspondía a Chapuis. Cuando el notario Domingo Lambert menciona la personalidad del joven Gay, deja constancia que es doctor en ciencias, miembro de varias sociedades sabias, corresponsal del Museo de París, profesor de física y química, y que vive en la calle Sicile N.° 4.

No deja de ser sugestiva la mención de tantos títulos para un estudioso que nunca puso mucho interés en reunirlos y que durante toda su vida dió innumerables muestras de una modestia ejemplar (1). Al mismo tiempo, parece un poco

(1) Tal vez el señor Gay no era Doctor en Ciencias y muy posiblemente no poseía ningún título académico.

peregrino el que un hombre con tan calificados antecedentes pensara venir a dictar unas modestas clases de Química, Física e Historia Natural en un futuro colegio de Santiago, por mucho que se anunciara con el pomposo nombre de Universidad.

A fines del siglo XVIII, el Enciclopedismo había abierto la razón a todas las inquietudes del mundo y el romanticismo con su devota dedicación a la naturaleza, despertaba una noble curiosidad por el conocimiento de los distintos ámbitos del planeta. Debemos recordar que por esos años aun vivían Alejandro de Humboldt y el Barón de Cuvier, aureolados con el mágico prestigio que dieron al primero sus exploraciones en la América Equinoccial, y al segundo sus maravillosos estudios sobre os huesos fósiles. Lo mejor del mundo intelectual de la época se volvía hacia el conocimiento de la naturaleza como la fuente de las inquietudes primordiales y grandes esperanzas se cifraban en los resultados que se obtendrían de ese estudio. Con remover un poco los recuerdos, podemos componer un cuadro sugestivo de esos momentos: mientras el joven Gay pensaba partir hacia Chile, el Almirante Fitz-Roy planeaba la expedición que llevaría alrededor del mundo a Carlos Darwin. Por su parte, Alcides D'Orbigny se preparaba para salir en su grandiosa expedición por el continente suramericano; desde Italia, Agustín Codazzi había partido para emprender sus trabajos de geografía en Colombia y Venezuela, que lo retendrían hasta el fin de su vida. Toda la Europa estaba entonces llena de entusiasmo por los viajes, por la exploración de tierras remotas, y la mejor ambición de los jóvenes era poder borrar con su mano, en los mapas de la época, el motete de "terra incognita" con que aparecían recubiertos. Este entusiasmo no se limitaba a los hombres que pensaban dedicarse a las ciencias, sino que se extendía también a los que miraban las letras como su afán predilecto: ¿No salió el joven Chateaubriand, también en una de estas campañas exploradoras hacia las tierras americanas, y gastó paciencia y buen gusto buscando un pasaje al norte de la América para bajar después hasta los grandes lagos?

Mucho más fuerte, sin embargo, debía ser este impulso entre las personas que habían escogido el camino de las ciencias. El mundo científico europeo, por otra parte, acogía con extraordinaria complacencia el esfuerzo de los jóvenes que salían a rodar lejanas tierras y a su regreso los llenaba

de honores y les abría las puertas de las instituciones más selectas. En este sentido se llegó hasta la ingenuidad y un tipo muy frecuente en la época fué el aventurero, que pasaba por hombre de ciencia, y sorprendía a los círculos científicos con relatos fantásticos de viajes más o menos imaginarios por tierras poco conocidas. ¿No vimos llegar hasta estos rincones a un Dauxion de Lavaysse, que especuló en Europa con sus trabajos en tierras americanas y en las nuestras con la fama que decía haber conseguido en los círculos europeos?

La curiosidad del mundo ilustrado se dirigía con particular entusiasmo al continente americano. Los grandes viajeros del siglo anterior, entre los cuales siempre hay que destacar los nombres del gran Alejandro de Humboldt, de lá Condamine, de Frezier, habían mostrado los maravillosos recursos de estas tierras, al mismo tiempo que una descripción entusiasta de su naturaleza hizo vibrar la imaginación de entendidos y profanos. Este embrujamiento perdurará durante toda la primera parte del siglo, condimentado con los disgustos que la agitada política del tiempo ocasiona inevitablemente en las personas que anhelan un mundo de libertad y de comprensión humana. No será Gay el primero ni el único que vendrá a Chile, después de conquistarse un sitio en los círculos científicos europeos. Tadeo Haenke había muerto oscuramente en el interior de Bolivia, después de haberse fraguado un camino espectable en los círculos científicos de su patria y más tarde, R. A. Philippi, siguiendo la misma huella, busca en Chile un refugio para sus desencantos políticos. Aquí dedicará toda su vida al perfeccionamiento de nuestros estudios sobre la historia natural.

Era un mundo generoso y lleno de ambiciones elevadas. El afán de conocer guiaba los pasos más seguros de la juventud, cualesquiera que fueran los esfuerzos y los sacrificios necesarios para conseguir los conocimientos ambicionados. Gay mismo lo expresó en esa presentación al Gobierno de Chile: "En cualquier caso me atrevo a esperar que la bondad de V. E. no verá en mi conducta más que el único fin de satisfacer mi gusto científico, que fué el principal o más bien diré el solo y exclusivo móvil de este viaje (a Chile) y el deseo que tengo de hacerme útil, dando a conocer a la nación chilena las producciones de su industria y de su territorio y poniendo a la vista de otras un país muy poco conocido, pero sin embargo, muy digno de serlo por su feliz posición, por la riqueza de la tierra y por los extraordinarios productos de su agricultura".

Por muy grande que hubiera sido la recompensa acordada por el Gobierno de Chile para retribuir sus esfuerzos, estamos seguros que nadie los sentiría excesivos al confrontarlos con el valor y el desarrollo de su obra. Sus pretensiones eran extraordinariamente modestas, sin embargo: "No pido a vuestra excelencia ni grandes salarios ni demasidos favores, sino sólo su protección acerca de las autoridades provinciales y (el dinero para) los gastos indispensables de los viajes que mis investigaciones me obliguen à hacer, ya a las costas, ya al corazón de las cordilleras".

En el fondo, lo único que interesaba al joven Gay era la oportunidad que se le brindaba en nuestro país, de emprender una obra para la cual se había preparado largamente, en las instituciones científicas de su patria. En efecto, destinado por sus padres, después de concluídos sus estudios clásicos, al estudio de la Medicina y Farmacia, abandonó pronto cualquier propósito profesional para dedicarse exclusivamente al estudio de las ciencias naturales. Siguió cursos en el Museo de Historia Natural de París y allí fué alumno de Cuvier, Desfontaines y Adriano de Jussieu. Después trabajó bajo la dirección del botánico Juan Bautista Balbis, que era profesor en Lyon. Más tarde aún y por encargo de sus profesores de París y con el título de Colector del Museo, Gay exploró parte de Grecia, algunas islas del Mediterráneo oriental y el Norte de Asia Menor.

Ninguna de estas empresas, sin embargo, habían logrado satisfacer enteramente su espíritu ni la habían hecho abandonar su natural modestia. Por una casualidad poseo un ejemplar de la tarjeta de visita con que Gay llegó a Chile y en ella, modestamente, apenas si se lee debajo del nombre y sobre su dirección en París, la siguiente expresión: "Voyageur-naturaliste". Tal vez era un título grande para él y le llenaba de íntima satisfacción.

Pero este "naturalista viajero" quería hundir duramente su mano en una tierra, hacer su cuidadosa prospección científica, poner de relieve la vastedad de sus recursos, estudiar las costumbres de sus habitantes, algo de su historia, sus industrias, su comercio y ligar su nombre a esta tarea de detallado inventario del mundo a que fueron tan aficionados sus contemporáneos. No dejo de pensar al escribir esto en una comparación entre la obra de d'Orbigny desparramada por toda América y la de este paciente viajero que se avecindó en una tierra y a ella dió todas sus energías y todo su entu-

siasmo. En este sentido hay que ligar el nombre de Gay más con el de Burgmeister en la República Argentina o con el de von Ihering, muchos años más tarde en el Brasil, que con la obra de los viajeros que le precedieron en el tiempo. Chile le brindaba una oportunidad para este propósito y a él se dedicó con todas las energías de su espíritu. En don Diego Portales encontró el hombre comprensivo y fuerte que le allanaría todas las dificultades. Es así como a fines de 1830, Gay comienza a trabajar en nuestro país, en la preparación de su magna obra.

Tenía apenas treinta años, la edad ideal para los trabajos que se proponía desarrollar. Sus conocimientos, en el vasto campo de las ciencias naturales, no podían ser muy profundos, pero desde un principio planeó su obra como una empresa en la cual iban a colaborar los mejores especialistas europeos y sólo requería método y entusiasmo para desarrollar cumplidamente la tarea de colectar los materiales en el terreno. Los señores José Alejo Bezanilla, Francisco García Huidobro y Vicente Bustillos —ese farmacéutico medio loco que fué invariable amigo del don Diego Portales y que se extrañaba de que en los pueblos se dictaran constituciones— fueron las personas nombradas por el Gobierno para supervigilar sus trabajos. Ellos fueron también sus admiradores más cercanos y sus más ardientes defensores.

En medio de los trajines que demandó la reunión de los materiales para su Historia Física y Política", Gay no tuvo, en sus primeros años, mucho tiempo disponible para atender a la formación del Gabinete de historia natural, que debía fundar en la ciudad de Santiago. En varios de sus escritos de esos primeros años del viaje y de esfuerzo físico, habla de ese gabinete como algo por crearse aún. En el discurso que el Presidente de la República leyó ante los Cuerpos Legislativos el 6 de junio de 1834, al referirse a la misión que desarrollaba en nuestro país el señor Gay, recientemente reintegrado a sus tareas después de su viaje a Europa, hablaba de la pronta instalación del Gabinete de Historia Natural (1). Pero en una presentación hecha al Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, el 8 de julio de 1836, Gay toda-

(1) Ver Barros Arana. Don Claudio Gay y su obra. Anales Univ. de Chile, t. 48, p. 87.

vía habla como algo por venir de esta parte de su programa. Después de dar cuenta de los resultados de su exploración en las provincias del sur de las cuales trajo 2,887 animales y cerca de la mitad de esta cifra de plantas, dice: "Todos estos animales, unidos a los ya colectados en las otras provincias, deben formar un núcleo bien precioso para establecer un Museo en la capital de la República y poner a la juventud chilena al alcance de conocer y estudiar las producciones naturales de Chile".

Es en los años siguientes cuando Gay puede dedicar más tiempo a esta tarea. No sabemos cuándo se instala en definitiva el Museo en la esquina suroccidental del cruce de las calles Catedral y Bandera, pero en la memoria de 1841 del Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública se lee lo siguiente: "Me es grato decir a la Cámara que el benemérito naturalista a quien encomendó el Gobierno once años ha el viaje científico de la República, ha coronado sus interesantes tareas con la formación de un Museo Nacional en donde se encuentra ya reunida una rica colección de objetos indígenas y extranjeros. Este es un ornamento que honra al país y que formará la afición a las ciencias naturales de las que debemos esperar grandes beneficios". Firmaba esta memoria don Manuel Montt.

Por esos años don Claudio Gay terminaba, pues, sus trabajos en Chile y se preparaba a partir para continuar su labor en los círculos científicos europeo. En la presentación hecha al Ministro de Instrucción el 6 de setiembre de 1841, en la cual recapitula todos los trabajos que le ha correspondido realizar en Chile, hace una breve reseña de los que se refieren al museo, un inventario de sus existencias y esboza algunas medidas que cree conducentes para favorecer su desarrollo y asegurar su porvenir. Como este documento en la parte pertinente tiene gran importancia lo transcribo a continuación.

Gabinete de Historia Natural.

"Si al formar un Gabinete me hubiese contraído solamente a los objetos del país, una pequeña sala hubiera bastado y la juventud chilena sólo habría podido estudiar sobre un pequeño número de objetos, en razón de la naturaleza poco variada de la República. También penetrado de esta grande pobreza y deseando ardientemente dejar un pequeño recuerdo de mi mansión en este país, no trepidé a mi vuelta de Francia en traer a mi costa las numerosas colecciones que des-

de mi más tierna juventud habia reunido en todas las partes del mundo, y todos estos objetos unidos a los que he podido juntar en Chile y en el Perú, me han proporcionado llenar mis vivos deseos y formar un gabinete digno de esta república, que no sería de ningún modo despreciado en las ciudades secundarias de Europa y es muy superior a todo cuando se ha hecho en América del Sud con grandes sumas y materiales más considerables. Este Gabinete encierra objetos de los tres reinos, casi todos perfectamente rotulados con un número de especies suficiente para el estudio de los diferentes ramos de la historia natural; así es que la parte zoológica, cuenta ya con cuarenta y seis cuadrúpedos, ochocientos cincuenta y cinco pájaros, ochenta y siete pescados, algunos reptiles solamente, mil y tantas conchas, más de siete mil insectos y mariposas, treinta y siete zoofitos, etc. La Botánica señala ya siete mil y más plantas y la mineralogía una colección de piedras y minerales y otra casi completa de las rocas particulares del país. Todos estos objetos clasificados por familias, géneros y especies están en vidrieras y dispuestos de modo que el estudiante y el curioso, puedan llenar sus fines y hallar sus distracciones.

Los objetos particulares del país han sido en general separados de la grande colección; no están enteramente completos, pero los que faltan, fuera de pequeño número, son objetos muy comunes que se podrán muy pronto proporcionar, quizá ante de mi salida para Europa. Por falta de buenos preparadores hemos podido acomodar solamente algunos pescados, pero hoy día nos hallamos en el caso de llenar este vacío, y esta parte de las historia natural de Chile será muy pronto tan completa como la de los insectos, plantas y minerales.

Fuera de estos objetos el gabinete posee ya gran número de curiosidades que he podido reunir o que han sido gratificados por buenos patriotas; así es que se ven ya ciento ochenta y tres monedas nacionales o extranjeras que pueden servir de base para un monedario más completo, varias armas de los salvajes de la mar del sud, algunas monstruosidades naturales, y sobre todo como diez antigüedades que pertenecían a los indios de Chile antes de la conquista. Cuando se haya reunido un buen número de estos últimos objetos se podrá entonces tener algunas nociones sobre aquellos pueblos para siempre perdidos, y que de aquí en adelante deben cautivar Arnque me he empeñado en encargar a todas las personas tanto la curiosidad del chileno como la del mundo sabio

de las provincias que han visitado el Gabinete, que busquen y remita allí los objetos que se podrían encontrar en sus departamentos, sin embargo, creo que sería oportuno que V. S. oficiase directamente a los señores Intendentes y Gobernadores para conseguir todas las curiosidades antiguas que se hallen esparcidas en la República y formar con ellas un gabinete particular, un verdadero museo nacional que daría idea de la civilización de aquellos indios y adelantamiento de su industria. Quizá también sería conveniente que el Supremo Gobierno destinase una pequeña cantidad para completar el Museo de Historia Natural que hasta ahora no ha ocasionado otros gastos que los del material; es decir: estantes, tablas y papel. Sería sobre todo de necesidad una colección completa de mineralogía, la que como término de comparación, ayudaría mucho a la determinación de metales que los mineros hoy día vienen ya a comparar o consultar; en fin, con una pequeña cantidad se podría procurar una infinidad de objetos que harían todavía más apreciable un establecimiento digno bajo todos respectos de la protección del Supremo Gobierno".

Las labores de organización del Museo pueden considerarse terminadas hacia esa fecha. Don Claudio Gay en el tiempo que aun debe permanecer en Chile se dedica a copiar los documentos necesarios, a preparar el envío de los materiales a Europa, y a asegurar el financiamiento de su obra. A solicitud del Ministro Manuel Montt, el Presidente de la República envía un Mensaje al Congreso por el cual se solicita la ayuda pecuniaria para la publicación de la obra que ha de ver la luz en Europa. En el Art. 1 se confería a don Claudio Gay los derechos y prerrogativas de ciudadano chileno, como premio de sus importantes trabajos en servicio del Estado, en el dos se le asignaba un premio de seis mil pesos, y en el tres se autoriza al Gobierno para que auxilie con la suma que fuere necesaria la publicación en lengua castellana de las obras relativas a la Historia y Geografía de Chile.

Poco antes de partir don Claudio Gay hizo entrega del Museo a don Francisco García Huidobro que debía cuidar de él con el título de conservador. Con esa oportunidad el Gobierno de Chile expidió el siguiente decreto:

Santiago, febrero 3 de 1842.

"Considerando que la creación y arreglo del Museo y gabinete de historia natural de la República se debe al activo celo y laboriosidad del naturalista don Claudio Gay, he acordado y decreto:

1. El retrato del expresado naturalista, costeado con los fondos del Estado se colocará en la sala del Museo Nacional.

2. Los ministros de la Tesorería General cubrirán la cantidad a que ascendiere el costo de dicho retrato, deduciéndola de la suma destinada al presupuesto de justicia para gastos extraordinarios.

3. Refréndese, tómese razón y transcríbase.—BULNES. *Manuel Montt*".

Su afección por el Museo le dura hasta el último instante de su permanencia en Chile. Ya en Valparaíso, el 16 de junio de 1842, escribe al Ministro don Manuel Montt:

"No dudo de sus buenos deseos para servirme, ni de todo el interés que Ud. toma por mis trabajos. Espero que no me faltarán ocasiones para dirigirme a US. con toda franqueza. Por ahora me limito a recomendarle encarecidamente el Museo de Santiago que miro como el resultado más notable de mi feliz residencia en esta República. Aunque es muy nuevo, y aunque casi no ha ocasionado al Gobierno más gastos que el de los estantes, puedo asegurar que no sería despreciado en muchas grandes ciudades de Europa, y que no encontraría su igual en ninguna de las Repúblicas de origen español. Creo que es un establecimiento que hace grande honor al país, y que merece la atención del Gobierno y de US. Sin duda lo aprecio demasiado para dejar de enviarle, de cuando en cuando algunos objetos de estudio; pero hay muchos otros que no se podrán conseguir sin gastar algunos pesos. Hay también objetos de curiosidad propios para su adorno, que se podrían conseguir con poca cosa; y sería conveniente que hubiese en París a disposición del Señor Cónsul mil o dos mil pesos para aprovechar las ocasiones que se presenten en Francia o en otra parte de Europa para comprar una infinidad de cosas que podrían enriquecer este hermoso y útil establecimiento. Nadie mejor que yo sabe lo que le falta; y creo que el Gobierno puede aprovechar una ocasión tan favorable".

El 24 de junio de 1842, en la fragata francesa *Arequipa*, que partía para Burdeos, dejaba Chile don Claudio Gay, después de catorce años de permanencia en él. Hasta sus últimos

años en Francia seguiría pendiente de nuestro país, rememorando sus viajes, sus sacrificios —a través de la bruma de los años cada día tenían nuevos encantos—, estudiando su Historia, atento a todas las manifestaciones de su vida intelectual, y dispuesto a servirle en cualquier iniciativa. Recibió todos los honores. Fué miembro de la Academia de Ciencias, miembro del Instituto. Su figura con el tiempo tomó relieve para su propia patria.

Sus últimos años, sin embargo, lo encontraron escribiendo, perezosamente, páginas sobre Chile, todavía.

AGRADECIMIENTOS

En las páginas que siguen va a leerse la presentación que hizo don Claudio Gay al Gobierno de Chile, en una fecha que no ha logrado determinarse, pero que, en todo caso, es anterior al 31 de julio de 1830. Esta pieza permaneció desconocida para Barros Arana y se da a la imprenta por primera vez. Más adelante se leerán dos estudios sobre la Chinchilla, ambos inconclusos, que fué posible copiar de entre los manuscritos de Gay en el Archivo Nacional. Estos documentos han sido facilitados por el Prof. señor Carlos Stuardo, Director del Museo Pedagógico, del mismo modo que la reproducción fotográfica del retrato de don Claudio, debido al pincel de Alejandro Laemlin y que encabeza este volumen. Con motivo de este centenario, el profesor Stuardo ha reunido un rico material de documentos, que contribuyen a esclarecer algunos puntos obscuros de la vida y de la obra de Gay. Le expresamos aquí nuestros agradecimientos, por habernos permitido su consulta y cedernos el privilegio de publicar los inéditos a que nos hemos referido.—LA REDACCION.